

1867.

tres de Febrero, diez días ántes de la salida de Maximiliano de la capital para Querétaro.

Cartas de Maximiliano que manifiestan que Márquez recibió órdenes para volver á Querétaro.

Las cartas siguientes escritas el veintiuno de Marzo al Ministro de la Casa Imperial y al capitán Schaffer, de que fué portador el mismo Márquez, manifiestan que éste recibió orden para llevar tropas y auxilios á Querétaro:

«Mi querido Don Carlos Sánchez-Navarro.—Como sabrá V. la variación que he hecho en el personal del Ministerio, y nombramiento del general Márquez á un rango elevado, aviso á V. que en el caso que el Lugarteniente crea necesario el dar disposiciones, *que no dejen completamente asegurada la ciudad de Méjico*, le he dado las órdenes más formales y claras de proteger á V. como uno de mis más leales y adictos amigos; de manera que en tales eventos, V. se dirigirá con toda confianza á él, recibiendo verbalmente todas las instrucciones necesarias. En tal caso llamará V. inmediatamente á Fischer y Schaffer, que merecen toda nuestra confianza, *dándoles las órdenes de que mi equipaje privado y el archivo se queden con el mismo General, ustedes y las tropas; y que todos los otros objetos de mi propiedad y de la corona, que estorbarían, por su cantidad, al movimiento de las tropas*, sean remitidos con inventario, legalizado por el Lugarteniente y V., y firmado por ámbos, á la legación de S. M. Británica, ó si ésta, por un caso inesperado, no pudiese admitirlos, á la de mi hermano el Emperador de Austria; haciendo dar sobre estos objetos un recibo, también en forma legal.—Entre estos efectos, lo que más valor tiene y que más se deberá cuidar, son naturalmente la plata, en el caso de no estar aún vendida, la rica bodega, los coches, caballos y sus enseres.—*De mis equipajes privados Schaffer deberá en tal evento traer, bajo su dirección personal, con la tropa*, todo lo que más puedo

1867.

necesitar para una prolongada campaña. No entro en más pormenores, porque el tacto y la lealtad de V., de Fischer y Schaffer me son garantes de que en tales eventos todo se ejecutará de la manera más provechosa; solamente aconsejo á Fischer especialmente cuidar mucho del archivo, *y lo que no se pueda salvar de una manera segura es mejor de una vez quemarlo*. Todo el apoyo que VV. necesiten en el cumplimiento de esta tarea, lo encontrarán plenamente en mi excelente y tan diligente Lugarteniente. Mientras que estoy dictando esta carta para V., nuestros adversarios celebran el Santo de su patron enviándonos granadas, que vuelan como las moscas á nuestro derredor. Esperando que Dios nos reserve el volvernos á ver pronto y felizmente, soy, como siempre, su afectísimo, MAXIMILIANO.»

«Querido capitán Schaffer.—Como la gran cuestión del momento para Méjico es puramente militar, y teniendo en cuenta que el Gobierno que hoy reside en la capital no está á la altura de ella—según se desprende de sus propios actos—he resuelto exonerarlo y elevar á la presidencia del Consejo al general Santiago Vidaurri, que corresponderá mejor á la gravedad de las circunstancias actuales. Al mismo tiempo que la presidencia, Vidaurri desempeñará también el ministerio de Hacienda. Envío además á esa como mi Lugarteniente, investido de los más amplios poderes, al general Márquez, á fin de que ponga término á las rencillas que todo lo entorpecen, procure levantar la moral deprimida y preste apoyo y protección á mis verdaderos amigos. Se entiende que V. está comprendido en estos últimos; he dado al General instrucciones verbales sobre su persona, y puede V. dirigirse á él para cuanto le ocurra, con entera confianza.

»Como puede suceder que, á consecuencia de las

1867.

operaciones militares, hayan de abandonar á Méjico por algun tiempo las tropas que hoy guarnecen la ciudad, Márquez tiene orden, en tal caso, de conducir tanto á V. como á Knechtel en el centro de las fuerzas combatientes: si se verificara, deseo que sean puestos en salvo los archivos; en el último extremo mandará V. quemar á su vista todos los papeles de poca importancia, ó los que por demasiado voluminosos fuesen de difícil transporte.

»Como no se han cumplido mis instrucciones de estos últimos meses para la venta de la plata labrada, coches, caballos, vinos, etc., debe todo depositarse en la embajada de Inglaterra, previo inventario legalizado por Sánchez-Navarro, V. y el padre Fischer. En el caso, poco probable, de que la legacion inglesa no quisiera admitir este encargo, entregará V. los objetos indicados en la de Austria ó Prusia. Los inventarios deben firmarlos Márquez, Sánchez-Navarro y ustedes dos. La legacion que reciba los efectos dará de ellos un recibo debidamente autorizado.

»Si llega el caso previsto, hará V. embalar cuidadosamente, y en forma de que puedan ser cargados sobre mulos, para trasportarlos al centro de las operaciones activas del ejército, todos aquellos objetos de mi propiedad particular, que puedan serme útiles en una larga campaña, en variedad de climas y en las distintas estaciones del año.

»Como aquí carecemos de buenos libros, deseo que elija V. algunas pocas de las mejores, trayéndomelas V. con su equipaje. No debe V. olvidar el opúsculo del consejero de Estado Martinez, sus varias traducciones, y algunos ejemplares de volúmenes que contienen mis cartas y discursos, que mandé imprimir en el establecimiento tipográfico de Boleslawsky. Convendrá traer tambien la Coleccion de leyes del Imperio; los Códigos

1867.

militar y civil; los almanaques; la coleccion de la *Gaceta Oficial*, coleccionada por Blasio, y que comprende desde la época de la Regencia hasta el dia; las principales cartas geográficas y, por último, un buen antejo. Debe V. asimismo recoger todas las condecoraciones que existan en la secretaría de las órdenes, la medalla *Pro literis et artibus* y todos los moldes de diferentes medallas, que se encuentran en mi habitacion reservada de Palacio, encerradas en una caja de color turquí cerca de mi escritorio. Sería tambien conveniente, si llega el caso previsto, sacar de la Casa de Moneda los cuños de todas las nuevas y romper los antiguos de la República.

»Knechtel no debe, por otra parte, olvidarse de la pequeña coleccion de piano y de las anotaciones. El baul del doctor Basch deberá tambien ser trasladado ó depositado en la legacion, como los demás objetos de propiedad privada.

»Dios sea con V.

»Por nuestra parte nos encontramos bien y con buen ánimo, á pesar de todas las dificultades: sólo nos aflige la conducta de los débiles titulados amigos de esa, los cuáles con su miedo y sus vacilaciones se comportan como verdaderos traidores.

»Con la esperanza de tener pronto el gusto de ver á V. soy su afectísimo, *Maximiliano.*»

El doctor Basch por acriminar á Márquez, contradiciéndose y sin tener en cuenta lo que de su libro copié en la página 245, dice: «Aunque los franceses habían destruido mucho material de guerra, quedaba todavía en abundancia. En vez de enviarlas á Querétaro quedaron en Méjico las mejores tropas. No se llevó ni un solo cañon de campaña. Márquez no hizo sino repetir las antiguas reflexiones con que el Ministerio conservador había tratado, desde el principio, de alucinar

Contradiccion en que incurre Basch.—Observaciones sobre Márquez.

1867.

á Maximiliano, y queriendo ocultar la falta positiva de recursos, habló constantemente con profundo desprecio de los disidentes.»

Observaciones sobre haber aceptado Márquez la misión de ir á buscar recursos á la capital.—Envía Maximiliano su abdicacion al Presidente del Consejo de Estado.—El general Portilla, ministro de la Guerra.

Tanto sobre el material de guerra como sobre la clase de tropas que había en la capital, recordaré al lector lo que se ha dicho en las páginas anteriores. Incomprensible sería, pues, que Márquez, sabiendo la realidad sobre ambos puntos, hubiera aceptado la misión de ir á la capital y volver á Querétaro, á no haber tenido las miras que verá el lector en una parte de su *Refutación* que copio más adelante.

Entregó el Emperador á Márquez su abdicacion para que la pusiera en manos del presidente del Consejo de Estado D. José María de Lacunza, el cuál no debía hacerla pública sino en el caso de que cayera prisionero el Emperador, que confirmó también el nombramiento de ministro de la Guerra en Don Nicolás de la Portilla, honrado y antiguo general que estaba en la capital.

Sorprende Miramon á los sitiadores el veintidos de Marzo. Les quita muchos víveres.—Observaciones de Basch sobre esta victoria de Miramon.

«Con el objeto de ocultar al enemigo la partida proyectada de Márquez,» dice el doctor Basch, cuya relacion está de acuerdo con otra que tengo á la vista de un coronel, «se decidió hacer una salida al amanecer del veintidos—de Marzo—en direccion de San Juanico y del Jacal; Miramon que debía dirigirla no estaba, sin embargo, informado de lo que había resuelto el Emperador respecto de Márquez. Cerca de las cuatro de la mañana el Emperador, en cuya comitiva me encontraba, se situó en el Cerro de las Campanas para ser desde allí espectador de la lucha: Miramon se dirigió con unos dos mil hombres desde la estacion de Celaya á las haciendas de Jacal y de San Juanico. El enemigo, sorprendido por el inesperado y vigoroso ataque, se apresuró á batirse en retirada, abandonando sus víveres, pertrechos y bagajes. Miramon se apoderó de veintidos carros cargados de provisiones de boca y de guer-

1867.

ra, sesenta bueyes y doscientas cabezas de ganado lanar. Despues de este golpe de mano afortunado, y habiendo rechazado un nuevo ataque de la caballería enemiga, regresó con sus tropas victoriosas á la ciudad.

»Era un espectáculo militar imponente el que presenciábamos en lo alto del cerro: se destacaba á un lado el San Gregorio con su batería, y veíanse al otro nuestras tropas ébrias de entusiasmo, que nos recordaban á los antiguos griegos cargados con los trofeos de los troyanos: oíanse sin cesar golpes sobre golpes, tronaba constantemente la artillería enemiga, y las balas pasaban silbando sobre nuestras cabezas para caer al otro lado de la colina, donde se hundían en la tierra levantando espesas nubes de polvo. Estas balas eran un regalo inapreciable que nos hacía el enemigo, porque careciendo nosotros de municiones de guerra, utilizábamos sus proyectiles, los cuáles eran recogidos por los chicos de Querétaro, que los vendían al precio de medio real cada uno.

»Segun nos manifestaron los desertores que vinieron el veintitres á nuestro campo, el enemigo debía haber festejado en la noche del veintidos un dia de gran victoria: también nos aseguraron que iba propagándose en sus filas un gran desaliento. Por lo demás, sus informes sobre las fuerzas de los disidentes y posiciones que ocupaban, estaban completamente de acuerdo con las noticias que por otros conductos habíamos adquirido.»

El veintitres recibió un refuerzo el ejército sitiador, de nueve á diez mil hombres mandados por los generales Riva-Palacio, Jiménez y Vélez, este último antiguo amigo de Miramon y desertor del ejército imperial, y el veinticuatro emprendieron los republicanos un ataque formidable.

A las ocho de la mañana se divisaron desde la cues-

Recibe un refuerzo de diez mil hombres el ejército sitiador, el veintitres de Marzo.—El veinticuatro ataca la plaza con gran vigor.—Es rechazado.—Le cogen los sitiados cuatrocientos prisio-

1867.  
neros.—Cómo  
recibió Maximiliano á Miramon despues del combate.—Ascenso de Arellano.

ta China numerosas columnas de infantería, que avanzaban seguidas de destacamentos de caballería y artillería de campaña: las columnas se desplegaron frente al Cementerio, cerca de la estacion de Pueblito, donde estaba situado el Estado Mayor General de la division general de caballería. Los movimientos del enemigo hacían sospechar que quisiera apoderarse de la posición entre el Jacal y Cementerio; podían tambien atacar la línea meridional que era muy extensa. Comprendió el Emperador toda la importancia del ataque y dictó las medidas oportunas para marchar contra el enemigo.

Hacia el medio dia atacaron la Casa Blanca dos gruesas columnas de infantería seguidas de mucha caballería y protegidas por várias piezas de artillería. La division de Mejía estaba acampada en la Casa Blanca, y Miramon con la suya defendía la línea entre ésta y la Alameda que fué atacada á la vez por otras columnas.

«Tanto Mejía como Miramon,» dice el doctor Basch, cuya relacion concuerda con la que ántes he citado de un coronel, testigo presencial de los hechos, «dejaron aproximar las columnas hasta que estuvieron á tiro de fusil, rompiendo entónces contra ellas un vivísimo fuego: el enemigo, que había marchado á paso de carga, se detuvo. En el mismo instante las tropas de Miramon avanzaron desde la Alameda y las de Mejía desde la Casa Blanca: el éxito del movimiento del primero fué instantáneo; pero la caballería del segundo vaciló un momento ante el vivo fuego de la artillería enemiga. En tan críticas circunstancias, el general Mejía, con los oficiales de su Estado Mayor, salió del centro de las filas, y el arrojado jefe se adelantó á toda rienda hasta colocarse delante de sus tropas exclamando: «¡Muchachos; así muere un hombre!» Los soldados admirados de aquella accion heróica le siguieron con entusiasmo.

1867.

El enemigo cedió en los dos puntos: en esta jornada mandaba el Príncipe de Salm una brigada que le había confiado el Emperador, despues de su brillante comportamiento en la accion del dia catorce. El mayor de caballería Malburg hizo cincuenta prisioneros y cogió por su propia mano una bandera. El número total de prisioneros ascendió á cuatrocientos, entre ellos catorce oficiales.

»Durante el combate permaneció en la terraza del convento de la Cruz el Emperador, con el jefe de Estado Mayor Castillo y dos oficiales agregados al cuerpo, Swoboda y Fürnstenwärther. Hacia las tres de la tarde atacó tambien al convento una columna, sostenida por el fuego de la batería de Cuesta China; pero esta tentativa fracasó como las otras. Reventó una granada á pocos pasos del Emperador sin dañar á ninguno de su comitiva, miéntras resultaban gravemente heridos del mismo disparo tres soldados que se hallaban de centinela en la azotea.»

Como lo tenía de costumbre, hizo prodigios de valor en este dia Miramon, al cuál, al presentarse despues de la batalla, le recibió el Emperador con un estrecho abrazo llamándole «valientísimo;» y á Ramirez de Arellano le ascendió á general de brigada, con términos muy honrosos en su despacho. Al siguiente dia fué á visitar á los prisioneros el Emperador; les dirigió frases afectuosas; mandó que se les tratara bien y diera cuanto necesitaran.

Le gustaba á Maximiliano la vida militar: asistía á todas las juntas; presenciaba todos los combates; visitaba los cuarteles y los hospitales; su conducta le había hecho muy querido del ejército. El sitio de Querétaro es para S. M. la única gloriosa y muy brillante página de su desgraciado reinado. Copia el doctor Basch el siguiente fragmento de una carta que le dictó el Em-

Conducta de Maximiliano en Querétaro.—Carta en que refiere su vida en aquella ciudad.—Observaciones sobre su contenido.

1867.

perador para el Prefecto de Miramar, cuya fecha dice que debe ser algo posterior al día veinticuatro de Marzo. «Todos mis antiguos compañeros de marina se maravillarán al verme convertido en jefe de un verdadero ejército.

»Por el momento hay que abandonar el cuidado de la administración y soy un general en servicio activo con botas de montar, espuelas y sombrero de alas anchas; de todos los enseres de almirante sólo conservo el anteojo que no me abandona jamás. Cumplo con verdadera pasión mi nuevo cargo y encuentro grande atractivo en hacer la guerra, particularmente con tropas valerosas, llenas de entusiasmo, como son estos jóvenes soldados. Del mismo modo que cuando servía en la marina hacía frecuentes visitas de inspección tanto de día como de noche, presentándome sin previo aviso en los buques de la armada, visito ahora sin cesar los campamentos y sorprendo muchas noches con mi presencia, á los destacamentos que defienden las líneas avanzadas. El enemigo me conoce ya hasta el punto de saludar mis visitas á los puestos de tropas, con una nube de balas y granadas que dispara sobre mí y sobre mi escolta, como si se entretuviera en tirar al blanco. Durante el combate del veinticuatro reventó una granada á tres pasos del sitio en que me encontraba, teniendo la suerte de que no matara á nadie, aunque hiriera la cara á tres soldados. Le enviaré á V. un pedazo de esta granada para nuestro pequeño museo de Miramar. En esta guerra sólo tengo á mi lado mejicanos y no por casualidad sino por cálculo. Actualmente no hay en Querétaro más europeos que el doctor Basch, mi médico, y Groll, única persona de mi servicio que me acompaña. Tampoco entre mis tropas hay extranjeros, mientras en las de mi adversario Juárez se cuentan muchos anglo-americanos, de los que hemos

1867.

hecho prisioneros algunos soldados y oficiales.» No decía la verdad Maximiliano respecto de extranjeros al servicio imperial: es cierto que no había soldados, pero sí varios jefes y oficiales, de los cuáles ha visto el lector algunos nombres en las páginas precedentes.

Por encargo del Emperador y habiéndola dictado en parte S. M. mismo, dirigió el doctor Basch, el veintinueve de Marzo, la carta siguiente á Herzfeld que se había ido á Viena: «Hacia fines de Febrero escribí á V. una larga carta particular, en la que refería todo lo ocurrido desde el día trece en que salimos de Méjico, hasta nuestra llegada á ésta el veintitres. Como no puede, sin embargo, tenerse gran seguridad en la correspondencia que ha de atravesar el territorio enemigo para llegar á su destino, creo oportuno incluir un duplicado de mi anterior.

»Ya sabrá V. que los franceses han abandonado á Méjico, suceso por el cuál todo el mundo se felicita: en el momento en que escribo están ya en Veracruz. Se alejan decaídos, muy decaídos, no como quienes pueden contemplar con complacencia la obra que dejan detrás de sí, sino como quienes no se atreven á volver la cara temerosos de que les salpique el rostro el fango que traza su camino. Y en verdad que dejan lodo en abundancia: su Mariscal era un hombre muy honrado; pero ha tenido la prevision de vender, ántes de su partida, los muebles que el Gobierno le facilitó para su uso..... Es notorio además que entró en relaciones con Porfirio Díaz y que vendió armas y municiones á los disidentes. No satisfecho aún con ésto el honorable mariscal Bazaine, mandó destruir todo el armamento y pertrechos de guerra que se pudo inutilizar, durante las veintiocho horas que precedieron á su partida. También se hizo directamente reo de alta traición, verificando su salida cuatro horas ántes de lo que había

Carta de Basch á Herzfeld escrita por orden de Maximiliano y dictada en parte por él mismo.—Acusa á los franceses por su conducta, y de Bazaine dice cosas muy graves.